

Redacción y Administración:

ALJIBES, 5

Anuncios, comunicados, esquelas y
reclamos á precios convencionales.

LA DECISION

PERIÓDICO SEMANAL É INDEPENDIENTE

DIRECTOR:

ENRIQUE ORTEGA MILIÁN

REDACTOR JEFE:

JOSÉ RODRÍGUEZ DE CASTRO

ADMINISTRADOR:

RAMÓN GONZÁLEZ-CORROTO

Precios de suscripción:

CAPITAL

Mes 0,50

PROVINCIAS

Mes 0,75

Trimestre 2,00

Semestre 3,50

Año 7,00

Nuestra protesta.

La noticia del asesinato del Sr. Canalejas llegó a nuestra Redacción cuando estaba entrando en máquina el anterior número, por cuya razón no pudimos concretarnos más que a participar escuetamente el suceso.

Habiendo ya dado amplios detalles de él toda la Prensa, no tiene razón de ser el que los corroboremos; así, pues, nos limitamos a consignar nuestra más enérgica protesta por el vil atentado que ha cortado la vida al ilustre hombre público, y unimos nuestra voz a la de todas las personas de sentimientos elevados, para pedir al Gobierno que se dicte una ley que en lo sucesivo evite que esté a merced de cualquier desalmado la vida de un ciudadano, máxime siendo una inteligencia preclara puesta al servicio de los grandes intereses de la Patria.

El luchar de los americanos.

Chile.

Cuanto más se estudia la organización político-militar de Chile, cuanto más se escudriña el por qué de su rápido progreso, y cuanto más se analiza la causa de su actual florecimiento, tanto más se expande el espíritu y tanto más se ensancha el alma al contemplar la persistencia de un pueblo que, al igual de la fuerte Prusia, vigoriza y enaltece las nobles armas, porque en ellas descansa y sobre ellas funda la energía de sus actos y la resolución de sus disposiciones.

Bien dice el ilustre argentino Dr. D. E. Uriburu al referirse a los bravos descendientes de la Araucanía. «Chile, para el chileno, es más que el hogar amado; es el cielo de sus complacencias y de sus ideales y el orgullo de sus excelsas tradiciones. La patria le embriaga y exalta hasta el delirio. El ¡viva Chile! en su boca es el grito de consuelo en sus tribulaciones y dolores, de entusiasmo en el peligro y de alegría en sus victorias.»

Resplandece en la historia de Chile algo más que las previsiones de un Gobierno y el arrebatado inteligente de las multitudes, guía a los legisladores y ciudadanos un estímulo superior al estricto cumplimiento del deber; descuellan en todos los actos oficiales del pueblo chileno un ansia de grandezas y triunfos; su lema: «por la razón o por la fuerza», sintetiza su modo de proceder. Y la fuerza que impele al sacrificio oscuro, la resultante que concentra

energías para centuplicar esfuerzos individuales, la voluntad que vence, la tenacidad que destruye, la fiera que pulveriza, la magnanimidad que desarma y la nobleza que subyuga reside en el alto concepto de la patria. Chile, con una plétora de vida, asfixiada en su reducido territorio, colgada de los Andes, y tocando con los pies en el Pacífico, necesitó un día expansión, y la logró con fortuna, porque albergaba corazones grandes en voluntades de hierro.

Chile se ha levantado a costa de sus vecinos, triste es decirlo, pero justo es consignarlo en honor suyo. Incesante labor de los gobernantes en el interior y hábil diplomacia en el exterior, encauzaron las aspiraciones de un pueblo sediento de gloria, ávido de triunfos y deseoso de laureles por doquier. Si Chile venció, si Chile impuso con la metralla de sus piezas y la punta de sus bayonetas la ley del más fuerte, y si Chile hizo brillar el arrojo de sus tropas, Chile no realizó nada de extraordinario, sino que cumplimentó con entusiasmo el *Si vis pacem para bellum*.

Cuando la empulenta Lima, la corte de los Virreyes, la maravillosa residencia de los Incas, meciadas entre las ondas olorosas de los perfumes de sus flores y los deslumbrantes rayos de tropical sol, tuvo a su frente el atrevido invasor, las iglesias entonaron cánticos de dolor, las auras, sobrecargadas de efluvios de Chorrillos y Miraflores, impregnáronse de punzante y triste melancolía, y hasta las escarchas de diamantes del rocío fecundante se trocaron en gotas de sangre generosamente derramada. Mientras Chile vencía y anonadaba, sus enemigos lloraban y confusos retrocedían; peruanos y bolivianos contemplaron su impotencia, abandonados por la torpe y criminal conducta de sus directores y gobernantes.

Tiene la historia militar de Chile dos períodos de grandeza; uno llega a su apogeo con motivo de la campaña del Pacífico, y el otro arranca de la breve lucha balmacedista y continúa creciendo en la actualidad. Examinemos a la ligera la contienda de 1891, base del poderío de la República chilena.

Concón y Placilla señalan los puntos culminantes de la campaña que en Agosto de 1891 revolucionó el país abatiendo la Presidencia de Balmaceda (1); asombra ver la fuerza material y obediente de los dictatoriales estrellada ante la firmeza y brío de sus contrarios; maravilla la impetuosidad y disciplina de los soldados del Presidente aniquilada por la serena

(1) Suicidio después de escribir su testamento político a los Sres. Clandio Vicuña y Julio Bafiados Espinosa.

y resuelta actitud de los congresistas; conmueve el ánimo la conducta valerosa de los unos y la sublime desesperación de los enemigos; y todo es grande y hermoso en esta corta lucha: la inteligente dirección de unos generales, la muerte digna de otros, el ardor patriótico de unos oficiales, la retirada notable de sus contrarios, la acometividad vigorosa de una tropa y la oposición desesperada de la opuesta.

El resultado de esta campaña, favorable a los constitucionales y adverso a los balmacedistas, no debe buscarse en la cobardía de los unos o en el valor de los opuestos: no, el triunfo de la causa del Congreso reside únicamente en la buena dirección, porque de nada sirve un lucido ejército, para poca cosa es aplicable una tropa brillante, y ningún objetivo real se logra con aguerridas huestes si falta una cabeza que dirija, una voluntad que domine, un pensamiento que uniforme, un entendimiento que vislumbre la gloria y un genio que sepa encadenarla y hacerla dócil a sus lacónicas disposiciones. Y precisamente, el tesón admirable, el ardiente entusiasmo y la abnegada conducta de los balmacedistas fué estéril sacrificio en manos de sus irresolutos generales, mientras que la experta y sabia dirección de los del bando opuesto acrecentó el arrojo y decisión de sus noveles soldados.

En el concepto moral y de valor, tan completas eran las virtudes de los constitucionales como las de sus contrarios, pues uno y otro combatiente eran los mismos que diez años antes se batieron heroicamente desde Calama hasta las líneas de Miraflores y San Juan; ambos bandos constituían la noble nación chilena, la que si ayer cautivó por la sobriedad y civismo de sus hijos, hoy es elogiada por su acendrado patriotismo y su amor a la gloria y al trabajo; dictatoriales y congresistas luchaban con igual brío, mas eran dirigidos por diversas capacidades, sucediendo por lo tanto que, mientras los esfuerzos de los primeros no concurrían a un objetivo determinado, los de los segundos llevaban impreso el sello de la unidad de mando y del buen sentido; las mismas fuerzas, impulsadas por idéntica causa pero aplicadas de distinta manera, produjeron efectos distintos.

Si el soldado constitucional, infatigable, disciplinado y entusiasta logró dar cima a tan grandiosa empresa, lo debió en parte a la actividad del ilustre militar prusiano Emilio Körner; su generosa conducta, su recto criterio y su carácter elevado quizá hubiese fracasado a no contar con el desinterés y patriotismo de sus soldados y con la idoneidad y eficaz concurso de sus oficiales; porque, ¡cuán triste era el cuadro que ofrecían los apuestos y brillantes bata-

NEGOCIOS PRÁCTICOS

500 PESETAS producen 25 mensual, garantizadas puede usted colocar cantidades desde 250 á 25.000; informes, Sr. Corujedo.

Cuentas Corrientes Bancos Credit Lyonnais y Banco de Gijón.

DESPACHO DE NUEVE A DOCE Y DE DOS A SEIS

PROGRESO, 1, PRINCIPAL, MADRID

lones de Balmaceda frente al variado aspecto del ejército constitucional, en el que las ojotas del minero, el traje del empleado y la levita de la muchachita distinguida formaban pintoresca y singular monotonía!

Mas la labor de Körner no habría triunfado si sus auxiliares no le hubiesen resuelto problemas delicados; cooperan de una manera brillante al triunfo de los congresistas: D. Francisco Lisboa, antiguo cura de Ligua, que con su afabilidad, alegría, paciencia, talento y previsión hace de Iquique un centro general de aprovisionamientos; Ugarte, que dirigiendo hábilmente el parque de campaña, consigue que no se introduzca la confusión en el municionamiento (usaban las tropas fusiles Grass y Manlicher): Del Canto, arrojado coronel e ídolo de las tropas por su trato cortés y cariñoso, cuya figura iba asociada a los gloriosos recuerdos de Baquedano en Tacna, Arica, San Francisco, etc.: D. Jorge Mont, distinguido marino e inteligente soldado, y otras muchas personalidades cuyo entusiasmo dió impulsos a sus subordinados y confianza a sus superiores.

Los balmacedistas fueron derrotados en dos sangrientas batallas, Concón y Placilla. Balmaceda atribuye la causa del desastre a las faltas de sus generales; Bañados, a la traición de algunos; Pinto-Aguero, a la escasez de valor y entusiasmo de los soldados; García-Fidela a la torpe dirección de Barbosa y Alcérrea; Wood, a las repetidas pruebas de ineptitud del primero de estos generales; Ruiz, a la ausencia de órdenes concisas; Chaparro, a errores tácticos, y otros varios autores, escudriñando la responsabilidad, la arrojan sobre tal o cual general o la presentan como resultado de tal o cual operación o combate determinado.

Pero aparte de estas respetables opiniones, si Körner entró triunfante en Valparaíso, si en breve campaña el ejército congresista se coronó de laureles, si Balmaceda cometió errores de gran trascendencia y si sus generales no aprovecharon las virtudes de sus tropas, hay una causa poderosa que a los unos los encumbró a la gloria y a los otros los envolvió en las amarguras de la derrota; esta causa estribó tan solo en la diversa aplicación del factor moral, porque tanto el soldado constitucional como el balmacedista sucumbieron como saben hacerlo los hijos de Chile, frente al enemigo y cara al deber.

Se equivocan, pues, los que analizando los hechos deducen responsabilidades dependientes de los sucesos tácticos, sin tener en cuenta que la fuerza moral fué la base de los rápidos triunfos de las tropas congresistas y el fundamento de la gallardía y orgullo actual de Chile; ¿es posible sino apoyándose en el estado moral del pueblo que esta floreciente nación sea hoy la reina y señora del Pacífico?

Chile es grande y poderosa por la grandeza y patriotismo de sus hijos; Chile es temida y respetada, no tan solo por la fuerza de sus guerreros sino por las virtudes patrias de sus ciudadanos todos; y si la campaña de 1891 hizo exclamar a Körner que en el mundo no hay mejor soldado que el chileno, la historia militar de Chile, que como todas las de América he estudiado con interés, me obliga a proclamar que sus hechos son heroismos, sus episodios sublimidades y sus caudillos invictos campeones del deber y del honor.

A. García Pérez.

==

Horos invernales.

Hay un viejo libro con polvo sobre las hojas y estropeada la piel de sus cubiertas, que tiene un carácter de letra tosco, un papel amarillo, grueso, con unas pequeñas manchas de humedad; nunca este libro olvidado en muchos años en la quietud del estante nos despertó interés; pero en esta tarde fría, gris, que llora suavemente en los cristales la tristeza que envuelve el paisaje nublado, nuestras manos ociosas, vagorosas, tropezaron con este viejo tomo. Lo hemos hojeado, en el rostro sentimos la caricia tibia y suave de sus hojas, aire leve y perfumado; un viejo perfume de rosas secas. Al pasar rápido de sus hojas, vimos algo entre ellas, un pétalo disecado, cuyas fibras leves se marcan en la mustia amarillez; no nos atrevemos a tocarlo, es quebradizo, y tras un instante de tierna e inexplicable vacilación en que nuestros ojos se fijaron con una evocación pretérita en el pétalo seco, hemos seguido pasando las hojas y con melancolía pensamos, en que acaso en otros siglos, en el galante XVIII, una fina mano depositara allí el pétalo y no pensara que en años venideros de su olvido, no su sueño, fuera una mano profana a despertarlo. ¿De qué nos habla este libro? ¿Qué dicen sus letras toscas sobre el papel amarillo, que tiene unas pequeñas manchas que hizo el tiempo?

Hay aquí unos versos, sencillos pastoriles, que hablan de una esquiva Cloé; luego hay un viejo grabado en madera; una joven vestida de aldeana, con flores en un ancho sombrero; a sus pies, un pastor toca su chirimía.

Una melancolía suave envuelve nuestro espíritu; acaso una vez hemos tachado de inocentes a nuestras abuelas, y en este momento quisiéramos como ellas, poder saborear estos sencillos versos; admirar la vieja estampa, candorosamente sin estas complicaciones de la moderna estética; sin estos convencionalismos del arte nuevo, de la literatura de hoy.

Hubiéramos querido entonces conocer la belleza que conocieron nuestras abuelas, en aquellos versos en que un poeta podía decir a su amada:

Flérida, para mí dulce y sabrosa,
más que la fruta del cercado ajeno,
más blanca que la leche y más hermosa
que el prado por Abril, de flores lleno,
y que soñáramos en la tarde invernal en la hermosura del prado abrileno, en la blancura de la campesina; y que el perfume de estas cosas viejas templara nuestra alma, encalmara nuestras inquietudes de este vivir de ahora quisiéramos, sin que se nos tachara de románticos, de arcaicos, y menos que llegaran a decirnos *cursis*, amar estas cosas, sentir su sabor viejo en nuestros labios, leer con corazón sencillo, ingenuamente, sin miedo, estos versos y estos cuentos escritos en caracteres toscos, sobre hojas amarillas, que tienen un perfume antiguo de rosas secas y humedad.

Y ha pasado mucho tiempo sobre este viejo libro, él ha permanecido olvidado durante años y años, que han corrido sobre él para ir a caer en la nada del pasado, y ha esperado años y años que volvieran a acariciarlo aquellas manos finas, sedenas, que sabían hojearlo, y que aquellos ojos que sabían sus bellezas arcaicas, hoy desdenadas, se fijaran en él, pero no volvieron las manos blancas a acariciarlo, ni los ojos sapientes de otra estética a contemplarlo. Porque el tiempo ha pasado, y pasado tanto, que fué más de un siglo el del olvido del libro. Y muchos ojos se han detenido indiferentes ante su lomo estropeado, ojos que también después se han cerrado; pero él ha seguido bajo el polvo, guardador de viejos secretos, teniendo entre sus hojas un pétalo de rosa amarillo y quebradizo.

¿Y han pasado cosas que se creían más perdurables, los ojos que leían los versos viejos y las manos que pasaban las hojas amarillas, y el pétalo seco, oscuro ha subsistido, y la que lo guardara que se fué, hace mucho tiempo, después, cuantas veces las tardes frías, grises, invernales, han llorado su tristeza, suavemente, sobre los cristales, en tanto que el libro olvidado, guardando el pétalo, esperaba que vinieran las manos sedenas a buscarlo!

¿Qué había sentido este libro, cuando mis manos profanas lo han hojeado, inexpertas? ¿Mis manos ásperas, qué saben de cosas modernas, que nunca, por miedo a burlas, han guardado un pétalo entre las hojas de un libro? ¿Al posarse mis ojos en sus letras toscas, mis ojos qué saben de linotipias? ¿en sus arcaicos grabados, mis ojos conocen el fotograbado moderno y habrá sentido orgullo, de sus viejas glorias, despecho por las sonrisas de los que no saben de sus bellezas?

He sentido un gran respeto, una súbita veneración, hacia este libro; lo he cerrado, mirando si subsistía sobre sus hojas el polvo del tiempo, he vuelto a dejarlo en el estante en que vivió tantos años, y donde pienso, mientras yo viva, conservarlo respetado.

Y he aquí como por no profanar sus hojas que encierran un secreto de otros tiempos, yo no he leído sus versos sencillos, que se recreaban a nuestros candorosos abuelos.

Jesusa Alfau.

==

Soledad.

Donde a un hombre la vida arrebataron
hay una cruz de piedra;
borróse la inscripción que allí grabaron
y sus desnudos brazos comenzaron
a cubrirse de yedra.

Jamás se vió llegar un ser humano
a la cruz solitaria
para honrar la memoria de un hermano,
y, arrodillado, como buen cristiano,
rezar una plegaria.

Sólo abraza la cruz de mármol frío
la yedra trepadora,
que vierte de sus lágrimas un río
al deshacer sus gotas de rocío
las tintas de la aurora.

Y esas lágrimas frías que horadaron
la rústica peana
de la cruz, que las yedras abrazaron,
en la piedra este rótulo grabaron:
«Ingratitud humana».

Arturo Garcés.

Cuentos de Redacción.

Josefita.

De pequeño había sido el hazme reir de todos los chicos de la escuela; endeble de cuerpo y apocado de espíritu, ni se atrevió nunca a devolver los trompazos que le propinaron ni aunque hubiese querido hubiera podido hacerlo. ¡Era tan raquítico!

Allí, en clase, fué donde le pusieron el mote con que todo el pueblo le conocía; se llamaba José Fite, pero al verlo tan miedoso y débil sus compañeros empezaron a variar el apellido, y poco a poco, hoy uno, mañana otro, terminaron todos por llamarle *Josefita*.

La primera vez que sonó en sus oídos el despreciativo apodo, sus ojos resplandecieron a impulsos de la rabia y una oleada de sangre coloreó su rostro; era sin embargo el mayor de la clase el que lo pronunciaba, y aquella mirada fué rechazada instantáneamente por una rebelde lágrima que asomó a sus ojos.

Cuando fué mayor continuó siendo la burla de los demás mozos. Los días de fiesta, mientras éstos jugaban a la barra o a la pelota, los miraba con tristeza, un poco apartado de ellos, sintiendo no poder terciar en aquellas distracciones que requerían una complexión más robusta que la suya, a la vez que aguantando pacientemente las cuchufletas con que de vez en cuando le molestaban, abusando de la inferioridad que aquél pobre sér les ofrecía.

Una mañana cayó como granada en descuidado campamento, la noticia en el pueblo; a tres leguas se hallaban los franceses: los franceses, aquellos demonios que en Madrid, después de secuestrar nuestros legítimos reyes, poniendo en el trono a un hermano de su emperador, (un tío que según decía el cura, había llegado a serlo por ser el peor de todos), habían asesinado a la mar de gente y recorrían entonces los pueblos, violando mujeres y profanando templos.

No era posible consentir que aquella ralea entrara en el pueblo, y mucho menos después de la arena de D. Manuel el Secretario del Ayuntamiento, que terminó diciendo: «El que pueda empuñar un fusil, una escopeta o un hacha, que la tome; el que no, que se oculte en lo más recóndito de su casa; no podemos consentir que impunemente se abuse de nuestras mujeres ni tampoco que sirvan de mofa las imágenes de nuestro templo; contra la fuerza numérica opondremos la bravura, contra ésta la temeridad; en último caso, al morir matando moriremos como españoles, ¡como lo que somos!»

El discurso produjo su efecto, enardeciendo los ánimos; en la casa de la villa empezó enseguida a formarse una partida con objeto de salir al encuentro de los *franchutes*.

Josefita fué a alistarse en ella, pero no consiguió otra cosa sino una bondadosa sonrisa del Secretario, que rechazó su ofrecimiento diciéndole que una escopeta en sus manos no serviría para nada, mientras que en las de un hombre (!) podría quitar de enmedio a muchos franceses.

Josefita con lágrimas en los ojos, se apartó de allí, pero no muy distante, puesto que desde la casa inmediata estuvo contemplando la organización de la improvisada columna, que al romper la marcha acompañó hasta la salida del pueblo, viendo después con infinita tristeza cómo se perdía de vista tras las escabrosidades del terreno.

Después regresó a su casa y pasó varias horas en un estado tal de abatimiento, que no se dió noción exacta del tiempo transcurrido, hasta que el miedo cerval que se apoderó de él al oír muy próximos disparos le sacó enérgicamente de su inconsciencia.

A poco cesaron éstos, y entonces empezó a sentir gente que pasaba corriendo por la calle, lo cual hizo que sobreponiéndose la curiosidad a la falta de valor, se asomase a un balcón.

Los que corrían eran los del pueblo, que sin armas, destrozados y con el terror y la ira de la derrota en el semblante, aprovechaban para refugiarse y tratar de hacerse fuertes, la primera casa que encontraban abierta; detrás de ellos, los soldados franceses avanzaban a la carrera, traspasando con la bayoneta a los que quedaban rezagados.

Josefita, inmóvil por el terror, presenciaba la brutal escena sin poderse dar cuenta de lo que veía.

De pronto, sin embargo, algo le hizo volver en sí; debajo de su balcón uno de aquellos soldados acababa de atravesar a un paisano, al mismo tiempo que en mal español gritaba: «¡Por la Francia!».

Rápido, con la excitación de la cólera que le prestaba fuerza jamás por él sentida, cogió un enorme macetón de ebónibus que lanzó sobre el cobarde soldado, a la vez que con toda la fuerza de sus pulmones, gritó: «¡Miserable, por España!...»

.....

La última sílaba no llegó a pronunciarla; una bala bien dirigida hizo rebotar sobre el pavimento el cuerpo inerte de *Josefita*, que al quedar en posición supina dejó contemplar una sonrisa entre sus yertos labios, como si en ellos vagase todavía el nombre sublime de la patria.

César Ortega Milán.

■ ■ ■ ■ ■

Crónicas otomanas.

¿Quien puede predecir el porvenir?... ¿Quién se atreve a augurar lo que ocurrirá dentro de breves días, quizás de horas, en esta lucha desigual en que hasta ahora parece que lleva la peor parte Turquía?

Yo por mi parte no me atrevo a hacerlo, sería demasiado aventurado y ni quiero exponerme a sufrir un error ni mi discrección me lo aconseja.

Hasta ahora y después de mi crónica anterior ni las armas turcas han conseguido tomar la revancha de los descalabros sufridos ni los ejércitos enemigos han avanzado gran cosa en el camino de sus triunfos; parece así como si se hubiera abierto un paréntesis en la lucha, que en realidad no existe ni puedo preveer. ¡Son tan contradictorias las noticias que constantemente se propalan!

Solo sé que los agregados militares extranjeros que se han de acompañar al cuartel general turco y que llevan varios días esperando órdenes para hacerlo, van por fin a salir para su destino, con objeto de cumplir su misión y estudiar sobre el terreno las operaciones de campaña.

¿Denota esto que el ejército turco va a tomar la ofensiva?... ¿Es acaso signo de que la guerra va a entrar en su período álgido?..

—¡Chi lo sál!.. —que dirían los conquistadores de la Tripolitania.

En este maremagnum de opiniones, de ideas, de sentimientos, es difícil entenderse y hay que ser perfectamente ecuánime para no dejarse arrastrar por ningún criterio que no sea el propio, puesto que se expondría uno al fin y al cabo a no tener idea alguna concreta, siquiera sea más o menos fundada.

Rara es la persona con quien se habla aquí, que si concede la atención necesaria al actual conflicto, pues hay muchas que sea por el fanatismo de la raza ó por cualquiera otro motivo, permanecen completamente indiferentes a la situación, no le exponga a un plan de batalla, medios de defensa, e incluso de ataques combinados para desalojar a los enemigos de sus posiciones y perseguirlos dentro de su propio territorio.

—¡Al oírlos cualquiera se creería que cada individuo es un perfecto estratega con condiciones para asumir el mando y dirección de la campaña!

Pero después resulta que ni ellos mismos creen en la eficacia de los que dicen, y se van tranquilamente al bar, o al cinematógrafo donde se exhiben películas interesantes para este buen pueblo musulmán, mientras el cronista filosóficamente piensa en la leyenda que el populacho ha hecho resurgir ante la inminencia del peligro, sobre la puerta de Santa Sophia.

Z. Phoevins.

■ ■ ■ ■ ■

Canción del camino.

Fresca mesonera,
—Campesina flor—
que hilas a la puerta
del viejo mesón.

—
¿Te acuerdas? un día
de estío pasó,
pasó un peregrino
que te enamoró.

—
—No era un peregrino,
que era un trovador,
yo escuché en la tarde
su errante canción.

Linda mesonera
¿si sería yo?

—
—Era él más gallardo,
más dulce su voz,
negra su melena
como su dolor.

—
—Cuida, mesonera,
que el tiempo pasó,
la negra melena,
se me encaneció.

—
La inmensa fatiga,
mi cuerpo encorvó...

linda mesonera
¿si sería yo?

—
¡Juventud perdida
de tu trovador!
Sus labios besaron
tus labios en flor.

—
Iba solo y triste,
sediento de amor.
—Fuí samaritana
para su dolor.

—
—Él en sus canciones
nunca te olvidó.
—En mi pensamiento,
no le olvidé yo.

—
—Princesa, te dijo
su errante canción.—
—Rey mío, le dije
yo en mi corazón.

—
Adiós, mesonera;
ya se pone el sol.
Hoy no soy; entonces...
¿Si sería yo?

Adolfo Aponte.

■ ■ ■ ■ ■

El sacrificio.

Cuando Julián abandonó el Círculo estaba medio loco; acababa de perder en un salto de caballo el último resto de su ya desquiciado capital y a la estoica calma con que había seguido, —dando pruebas de exquisita educación— las mil incidencias del juego, había sucedido un exarcebamiento nervioso que le había trasfigurado.

Inconscientemente y a paso rápido tomó el camino de su casa, mientras en su cerebro bullían un sin fin de ideas que no le permitían reflexionar; tampoco sin duda le dejaban darse cuenta de lo que hacían, puesto que él tan atento de ordinario con todo el mundo, despidió con un atroz empujón a una pobre niña llorosa y anémica, que con voz persuasiva y acento lastimero le rogó que le comprase un ramito de violetas.

Cuando llegó por fin a su domicilio y entró en su cuarto, se dejó caer desalentado en un sillón, en el que se quedó a la par que sentado, triste y pensativo.

Sólo entonces se dió cuenta exacta de su difícil situación, y cual si fuese una cinta cinematográfica empezó su pensamiento a mostrarle en un desfile inmenso de recuerdos, las vicisitudes de su vida, que le habían conducido a un presente tan poco halagüeño.

Recordó entonces todo, y abarcó en una mirada intensa e indescifrable los mil errores cometidos, sus calaveradas, sus vicios, y una serie interminable de pequeñas culpas, que en unión de todo su pasado hubiera querido borrar mil veces, con la facilidad con que recordaba haber borrado en el encerado de la escuela los guarismos mal hechos o los vocablos escritos incorrectamente.

Vió entonces su juventud pasada de orgía en orgía, sin hacer caso de los estudios ni de los regaños paternos, desperdiciando en horas de loco devaneo a la vez que una no pequeña parte de su capital, la salud mucho más valiosa, y que al fin, sin embargo, se resintió a fuerza de tanto abusar, cual se desgasta la máquina más resistentes al cabo de un trabajo excesivo y continuado.

Rememoró después la época de paz y sosiego que tuvo que guardar para reponerse; su estancia en el Sanatorio a donde le condujeron los consejos médicos para atajar rápidamente la terrible tuberculosis que empezaba a iniciarse en su quebrantado organismo; sus paseos confortantes e higiénicos a la orilla del mar, sus excursiones bajo un verdadero bosque de pinos que embalsamaban el ambiente con su olor resinoso; el encantador panorama de la costa; su vida metódica y excelente en fin, que para otro hubiera sido deliciosa y que a él se le antojó sin embargo insoportable, y resistió únicamente por temor de no poder seguir gozando de ella, cuando tantos encantos le ofrecía....

Después su completo restablecimiento; la afirmación categórica del médico—previo escrupuloso reconocimiento—de que estaba completamente bien, y la especie vertida por el mismo, de que de seguir por el camino emprendido anteriormente no tendría que consultarle muchas veces en lo sucesivo.

Después, ¡ah! después su conocimiento con Mariana, sus relaciones con ella, la pasión loca y desenfrenada que le hizo cometer mil diabluras y por último el final obligado: la oposición de los padres de su novia, que al enterarse de su vida anormal y viciosa se opusieron rudamente a sus relaciones.

Al llegar aquí hizo un paréntesis en sus reflexiones; era que el remordimiento le embargaba,—un remordimiento que hasta entonces no había sentido, una pena honda y atrozante que le acusaba de haber sido la única causa que había existido para labrar la ruina de los suyos, que de ahora en adelante se verían reducidos a la miseria por su culpa y tendrían que humillar la cabeza con estoica resignación, cuando alguien dijese en presencia de ellos, que él era un libertino falto de vergüenza puesto que no había sabido contenerse a tiempo para evitar la miseria de su hogar.

Vió entonces, —cual visión apocalíptica— lo que no existía; a sus hijos pálidos y demacrados por las penalidades y trabajos, tener que ganarse un pedazo de pan, insuficiente para nutrir sus débiles organismos ya empezados a devorar por la consunción y la anemia; contempló a su mujer escuálida y encorvada por los sufrimientos, dedicarse a los más miserables menesteres para ganar algo con que poder ayudar a sostener a la vez que su humilde vivienda la vida desastrosa de ella y de sus hijos.

Vino entonces a su memoria el recuerdo de su padre político, quien desesperado de no poder oponerse a su boda, cuando su hija ya mayor de edad fué depositada

judicialmente a instancias de él, que por lograr sus deseos arrostró y supo hacer a ella arrostrar el escándalo, les dijo a ambos en una anatématica carta, que desde el momento en que rompiendo con todos los respetos y consideraciones se casaban a despecho de él y contra su voluntad, hacía testamento en el que desheredaba de sus cuantiosos bienes a su hija, que sólo podría entrar en posesión de ellos—por un resto de conmiseración paternal sin duda—en el caso de que sobreviniendo a él, quedase sin medios de subsistencia, pues entendía que cuando había tenido energía su futuro para arrostrar cuantos obstáculos se habían opuesto a sus deseos, sabría también tenerla y ser digno para no sostener sus obligaciones si no con su propio esfuerzo.

El recuerdo de aquella carta, cuyas frases aceradas aún le hacían enrojecer, aumentaba su tortura; había transcurrido relativamente poco tiempo—seis o siete años—y sin embargo de prolongarse un poco más la vida del padre de Mariana, hubiera podido contemplar el noble anciano, cómo él, miserable y vil, había desmentido sus creencias, que durante mil veces se propuso dejar irrefutadas.

¡Le dió asco de sí mismo! Consideró imperdonable su proceder y se propuso a toda costa salir del atolladero en que por sus culpas se hallaba metido él y su familia.

Hasta entonces y a pesar de estar aislado de la de su mujer, no había hecho más que desperdiciar locamente su fortuna, sin pensar en que no tenía más patrimonio que el que le había legado su padre, al morir poco después de él casarse, y en que con él debía sostener su casa, atender todas sus obligaciones y dar carrera a sus hijos, a quienes nunc se le ocurrió dejar sin ella, para evitar que como él se encontrasen algún día sin un título universitario de que echar mano, para vivir en el caso, no por imprevisto menos fácil, de quedar algún día sin otros recursos de que poder valerse.

Recapacitó un poco, y nada; sólo vió la miseria con todas sus consecuencias; un cuadro de penas y horrores que angustió aún más su corazón ya próximo a estallar a impulsos de tan continuas conmociones.

Se levantó y empezó a pasear por la habitación, como si quisiera así alejar de su pensamiento las sombras que lo envolvían, el cúmulo de ideas que le atosigaba, la solución que como única tabla salvadora empezaba a aferrarse en su cerebro, y que no lograba alejar de él a pesar de sus titánicos esfuerzos por conseguirlo.

Batalló aún en medio de una interminable serie de reflexiones; todo fué sin embargo inútil, puesto que comprendió que no le daría resultado ni el pedir prestado a los amigos ni el tratar de trabajar, para lo que se consideraba impotente, puesto que ni tenía tal hábito ni aún teniendo, el sueldo que hubiese podido obtener le bastaría a sostener sus necesidades, ni mucho menos el recurrir a contratos usurarios como otras veces, puesto que no tenía ya nada con que responder de los adelantos y no iba a crear cándidamente que bajo su palabra de honor pudiese nadie contratar una hipoteca.

Se decidió al fin; entró de puntillas en la alcoba donde reposaba toda su verdadera familia, la única que a él le preocupaba y por la que sentía ahora un afecto que le parecía mayor que nunca; vió a su mujer dormida y creyó que aún en sueños susurraba su nombre; la besó, pero no como otras veces apasionado y brutal, fué el suyo un beso dado con unción religiosa; un perdón implorado sin conciencia del ofendido, pero con todo el corazón del ofensor.

A sus hijos—dos angelicales criaturas de poquísima edad—los hubiera besado efusiva y locamente; se contuvo sin embargo ante el temor de despertarlos y estampó en sus puras frentes un ósculo santo de amor infinito.

Se encerró después en su despacho y sobre la misma mesa en que tantas veces había leído las apasionadas cartas que su mujer le dirigiera en otro tiempo durante sus relaciones, escribió unas cortas líneas que firmó febrilmente y dirigió a ella.

Cuando acabó, todavía vaciló un instante; se decidió al fin enérgicamente y cuando empezaba débilmente a clarear—un ruido seco—un disparo quizás, puso en conmoción a toda la casa.....

.....

No habían transcurrido seis meses, cuando los principales periódicos madrileños, que se habían ocupado someramente del desgraciado accidente ocurrido a D. Julián de la Cámara, a quien un descuido al examinar un arma, le había privado de la vida, se volvieron a ocupar, ahora con mayor extensión, del asunto del día: de que la Excm. señora D.^a Mariana Lössada y Lóriga, Viuda de la Cámara, en virtud de una disposición testamentaria había entrado en posesión a la par que de la pingüe herencia de su padre, del título de Marquesa de Almenares, que por línea directa le correspondía sin perjuicio de tercero.

Enrique Ortega Milán.



Café Torrefacto

marca "Toledo"

pedido en

Ultramarinos

y Confiterías.

SANTIAGO CAMARASA

Núñez de

Arce, 12.

Cartas desde París.

¡Hace un frío intenso! La temperatura ha descendido quizás más bruscamente de lo que fuera de desear, sin duda para hacer el reclamo a los sastres, a los peleteros, a cuantos se aprovechan de ella para lucir en los soberbios escaparates de la rue Lafayette las últimas creaciones de la moda, las imposiciones del buen gusto.

Porque para esto puedo asegurar a mis lectores que se pintan solos los parisienses. ¡Tienen tal arte para saberos cautivar con la presentación de cualquier artículo!

¡Poseen una habilidad tan sui géneris para haceros comprender que debéis comprarlo, que si lleváis suficiente dinero en el bolsillo y podéis desprenderos de él sin inconveniente, acabáis por claudicar aunque lo que os ofrezcan no os sea necesario!

Eso sí, puede ser que después de adquirido el objeto, el género, lo que sea, os convenzáis de que es pésimo, y ni tiene las condiciones que os han asegurado ni vale el dinero que por él habéis pagado.

Pero en este caso no vayáis a reclamar; ¡os lo aseguro!—sobre perder el tiempo inútilmente al hacerlo, el comerciante os convencerá de que estáis equivocados y tales razones aducirá que no solamente os conformaréis sino que tendréis además que rogarle que os dispense y aun quedarle encima agradecidos.

Ellos saben esto muy bien y convencidos de que su táctica es irrefutable os seducen de antemano con las aparatosas exhibiciones de sus artículos, que no podéis sustraeros al deseo de ver más de cerca.

Y en cuanto entráis a realizar este propósito, una o varias sonrisas amables se dibujan tras del mostrador en nuestro obsequio.

¡Son sonrisas de sirenas puestas a no dejar escapar la presa!

Y si os mostráis un poco amables consideraros perdido; ¡os dejaréis allí hasta la camisa si no os es muy necesaria!

—¡Son muy comerciantes estos buenos burgueses de París!

¡Os lo asegura este humilde cronista!

F. Amoedo.

París 8-11-912.



Cantares.

Me pasa con mi marido
lo mismo que con la luna,
por el día no le veo
y por la noche me alumbrá.

Dices que yo soy Adam
y tú eres Eva, corriente.
¿Y por qué no dices ya
que tu madre es la serpiente?

En el patíbulo estaba:
al verdugo vió temblando
y lanzó una carcajada.

En la puerta de de tu casa
he visto ayer un letrado
que dice: «Se espera un novio
sin vergüenza y con dinero».

Dibujitos.



Un sueño.

Una vez soñé, que salía de Toledo (no recuerdo si en dirigible o en aeroplano), y sin saber cómo y de qué forma, me encontré en Pankkonf. ¡Oh! quedé maravillado en presencia de aquella gran ciudad que dilata sobre los campos la inmensa multitud de sus viviendas.

Andando al azar, tropecé con un edificio sorprendente, erizado todo de símbolos extraños. Me aproximé a la gran fachada, atravesé el atrio, que estaba cerrado por una fantástica verja, y entré en el vestíbulo, desde cuya nave pendía una lámpara que llegaba al suelo, brillando con una luz que no había de apagarse nunca, porque era la representación simbólica del espíritu infinito. Cuatro sacerdotes con hábitos velaban el fuego sagrado puesto de hinojos, y con la frente y las manos en tierra.

Con intento de no profanar aquellos santos lugares y dar muestras de la veneración más pro-

funda, me quité las botas, las coloqué debajo de mis brazos, y crucé de puntillas aquel recinto en que los sacerdotes conmovían los cielos con sus altas meditaciones.

Bajé por una larga escalera de piedra y entré en el cementerio de aquel pueblo que parece reirse de la muerte. Todas las tumbas estaban pintadas de encarnado, color que significa luto y desesperación. Había algunos sarcófagos sostenidos por cigüeñas de bronce. Por todas partes se levantaban pirámides escalonadas y columnas de mosaicos, donde el escoplo había tallado la espiga y la amapola que son el fruto y la flor que simbolizan la vida y la muerte, pues cuando el trigo cae al golpe de la hoz, la amapola infecunda levanta la cabeza roja de cólera.

Aquel conjunto de líneas agudas, que elevaban audazmente sus aristas al espacio, convidaban a mi espíritu y a mis ojos a deslizarse por aquellos filos sutiles, subiendo a lo infinito.

Largas horas sentía mi pensamiento oprimido por la emoción extraña que me producía aquella sonrisa de la vida sobre la muerte, y anduve al azar sin voluntad ni decisión, porque mi fantasía transportaba mi alma a las cumbres del idealismo, que, no viendo en la agonía más que una puerta que se abre para mostrarnos el mundo del espíritu, revisité sus cementerios con los ornamentos de una fiesta perdurable y de regocijo fantástico y eterno.

Cuando más suspenso iba en mis meditaciones, sacóme de mi arrobamiento una mujer ideal que arrodillada en el suelo, estaba abanicando la tierra húmeda del cementerio, con un grande abanico de marfil y pergamino.

Ella no reparaba en mí, y por lo tanto pude a mi sabor, con lentitud y holgura recrearme en la contemplación de su extraña belleza y admirarme de su entretenimiento misterioso.

Al fin me aproximé a ella y la dije con tanta cortesía como timidez:

—¿Señora; puedo saber cuál es la causa que os obliga a abanicar la tierra, empleando tan hermosas manos en una ocupación tan vana?

La desconocida no respondió, y suborizada y confusa, bajó la cabeza prosiguiendo con redoblado afán tan extraña tarea.

La estuve contemplando en silencio un momento más, entreteniéndome gustosamente mi vista en su túnica roja, ceñida a su hermoso cuerpo y sujeta por una ancha faja, encendida también como la grana.

Al fin, temeroso de ser importuno, me alejé de aquella hermosura, llevando en mi corazón la sed devoradora de mi curiosidad no satisfecha.

Al acercarme a la alta escalinata de piedra, me encontré a una anciana, y la rogué me explicase, cuál pudiera ser la causa, de que aquella hermosa mujer que a corta distancia de nosotros estaba, abanicase la tierra con tanto afán.

¡Ah!—exclamó la vieja.—Esa es la hermosa Jifx-son, viuda del célebre escultor Fran-quión.

—Y ¿puede Ud. decirme la razón...?

—Sí señor; escuche Ud.: Jifx-son, amaba a su marido con un amor sincero y fogoso. El era el escultor más celebrado que se conocía; pero su espíritu, agitado siempre por las turbulencias de la inspiración y las fogosidades amantes de la hermosa Jifx-son, le condujeron a término que la sabía de sus venas perdió el jugo de la vida, y una anemia incurable le postró en el lecho para rendir el último suspiro.

La desdichada Jifx-son pensaba con sus caricias reanimar aquel cuerpo de hielo que se iba deritiendo al calor de sus amores, y no lograba con ellos más que abreviar el paso de la muerte. Cuando él tuvo conciencia de su estado, le dijo:

—Jifx-son, yo muero, y ella le replicó:

—No, es imposible: yo quiero que no mueras.

—Jifx-son—dijo su esposo con agonizante voz—ha llegado mi hora: sólo siento separarme de ti. Entonces la esposa, derramando abundantes lágrimas, le dijo:

—Voy a jurar por nuestro Dios que si tú mueres no volveré a contraer matrimonio.

—No jures eso; conozco demasiado el corazón humano.

—Pues bien: entonces, juraré no contraer matrimonio hasta que pasen cinco años a contar desde el día de tu muerte.

—No; no jures eso tampoco. Jura solo, que no te casarás mientras esté húmeda la tierra de mi sepulcro.

—Lo juro. Respondió Jifx-son solemnemente.

—Basta,—dijo yo:—Jifx-son se ha enamorado antes de que se seque la tierra del sepulcro, y lo abanica para que pierda antes su humedad.

—Eso es.

—Sin embargo hay que agradecer a esa mujer el deseo de cumplir lo que prometió.

.....
Aquella noche llovió.

El escultor puede dormir tranquilo.

José R. de Castro.

«EL COMERCIO»

DE

Fausta Esteban.

Gran casa de viajeros, situada en
lo más céntrico de la población,
con vistas á Zocodover.

Servicio á la carta

Pensión desde 5 pesetas en adelante.

Esquina á la calle del Comercio, frente
á Zocodover.

TOLEDO

Rápida.

Estaba acostumbrado a ver todas las mañanas, al pasar, tu bellísima cara detrás de los cristales y aun a pararme un momento para contemplarla, pues me sugestionaba tu encanto como atrae el insondable misterio del tiempo.

Era una linda muñequita de carne, que apenas contaría tres lustros y que siempre impasible detrás de los cristales de la ventana, una ventana baja y desprovista de visillos, aparecía cosiendo o bordando con todo el grave aspecto de una persona mayor y toda la calma de un ser acostumbrado a la obediencia.

Yo me hubiera embelesado contemplándola—¡era tan divina la criatura!—pero un sentimiento de respeto, aunque parezca extraño entre muchachos y un afán de no molestarla, de no obligarla a que la cortedad que se reflejaba en sus hermosos ojos, la hicieran retirarse y quién sabe si enojarse y no aparecer más, me lo impedía.

Al cabo un día, cuando estaba completamente necesitado de verla, cuando sin decirnos una palabra yo estaba profundamente enamorado de ella y tenía casi la seguridad de haber despertado en ella el mismo sentimiento que había visto reflejarse en sus intensas pupilas, no apareció detrás de los cristales.

Al día siguiente tampoco; me alarmé y decidido pregunté a la portera.

La pobre niña está enferma—me dijo—es tan joven y trabaja tanto para ayudar a su familia, para poder suplir a su madre en el cuidado de sus hermanos que como ella carecen de las caricias maternas, que mucho me temo que pueda resistir la cruel enfermedad que mina su pobre organismo.

La noticia me trastornó de dolor, estuve malo, sumido en un estado de inconsciencia que no sabía explicar.

Cuando salí a la calle ya repuesto me enteré de que la pobre criatura, el ser en quien había cifrado mi primer ideal, ya estaba enterrado.

Y desde entonces tengo fe en mis empresas; yo conservo con recogimiento su memoria y me parece que ella desde el cielo vela por mí.

Flix.



A la bandera española.

«He ahí tu madre.»

¡Salve, insignia de la Patria!
emblema de mis amores:
por tí del deber las flores
asoman ya en la niñez!
¡Salve, divisa española:
a tu sombra el peregrino,
sigue dichoso el camino
de la infancia a la vejez!

Tu grandeza de otros días
sin igual sobre la tierra,
el germen fecundo encierra
de brillante porvenir.

Por eso fiel a tu lado
la fe del mártir se alcanza,
y el recuerdo y la esperanza
nos hacen grato el vivir.

¡Odio y vergüenza al infame
que nacido en tu regazo,
alza la mente y el brazo
para herir tu corazón!
¡Maldito el hijo de España
que al verte débil y sola,
traidoramente te inmola
con entrañas de Nerón!

¡Salve, insignia de la Patria;
bendita enseña querida:
tuya es mi sangre y mi vida
porque tu honor es mi honor!
¡Salve; y concédame el cielo
mientras viva defenderte,
y que al besarme la muerte,
duerme el sueño de tu amor!

José M. Macías.

Cuento.

Desde la caída de un montoncito y tendido bajo la sombra de las torcidas ramas de una encina, vi la escena.

Era la hora de la siesta. Estaban los dos amantes en el alero del tejado de mi casa, jugando, y podían resbalar y caer desde aquella altura; pero ¿para qué tenían alas?

La hembra era fea, de color café con leche salpicada de blanco, y los ojos ribeteados como los de perdiz. Se movía sin gracia, sin la elegancia natural de la hembra enamorada y querida por primera vez, que pasea su plumaje airoso por los ojos del galán; sus coqueterías eran como las de la cortesana que prodiga mil veces la única caricia aprendida.

El era un buen mozo; un macho joven, negro azulado, de buche grande, hueco, de mil colores brillantes; ojos vivos como gotas de bruñido azabache; pico corbo y corto y negro mate; garras rojas que pisaban las plumas del buche cuando andaba con airosos movimientos, describiendo círculos y elipses en torno de ella.

Habían huido del bullicio del palomar del tío Felipe para hablar mejor de sus amores en la soledad de aquel inmenso tejado. Esto imagino yo que debieron acordarlo ellos.

El sol quemaba la sangre y disolvía en ella océanos de deseos, torrentes de pasión. Y, claro, ¡qué de arrullos, qué de batir las plumas de las alas y mover la cola, qué de contornos, qué de subir y bajar la cabeza; y dale que le darás al *¿gurrú-gurrú?*, *¿gurrú-gurrú?*, que traducido, es igual a—¿Me quieres, chica?—Y ella la muy..... zalamera, haciéndose la desganada, como vieja y corrida que era.

A la declaración de amor, dicha entre sus picos y contoneos, siguió, después de varios incitantes desdenes, el *sí* ansiado y soñado. El no aguardó más: esponjó la pluma y le dió un picotazo, que era un beso....., y..... se arrullaron.

Me dieron envidia y les tiré una piedra para asustarles y que fueran con sus amores a otra parte. Salieron disparados con veloz vuelo y les perdí de vista.

Una mañana, pocos días después, subí a la torre de la iglesia. Al llegar al piso de las campanas me asomé para mirar a la plaza. Sobre una cornisa de la torre, a dos varas bajo de mí, estaban un palomo blanco, bonito (otro buen mozo, joven y orgulloso de su pluma de cisne y pico de rosa), y, escuchando sus delicados requiebros y amoroso *¿gurrú-gurrú?*, la hembra de marras, la amante del palomo negro con quien la ví en el alero del tejado de mi casa; la del plumaje de café con leche, la cortesana traidora, vil seductora de los pichones tiernos de pechuga del palomar de mi tío.

Subíoseme la sangre a la cabeza y no quise dejarles acabar *la escena del sofá*. Cogí una cuerda y la sacudí sobre ellos a guisa de látigo. Huyeron despavoridos, y, después de revolver un mometo por encima del campanario, los ví bajar al tejado de mi casa y allí, en mis barbas, a mi pesar, acabaron su dúo, su plática, que tuvo mucho de sabrosa y dulce, y se consumió el crimen y la traición.....

Por la noche, cuando todos los palomos estaban recogidos, subí al palomar, cogí en el nido a la bruja de color café con leche, a la vieja adúltera y con ira quijotesca, le retorcí el pescuezo. Aleteó un poco, crispó las patas y se quedó inmóvil, muerta.

Cinquito.

LA CATALANA

Sociedad Española de seguros contra incendios á prima fija.
Fundada en 1865.

Acordada su inscripción en el Registro de empresas autorizadas por R. O. del Ministerio de Fomento de fecha 8 de Julio de 1909.

GARANTÍAS

	Pesetas.	Cts.
Capital social.	Suscrito.....	5.000.000 00
	Desembolsado.	1.500.000 00
Reservas.....	Estatuaria....	1.000.000 00
	Técnicas y de garantía....	1.305.104 30
Primas del último ejercicio...		2.620.391 45
Siniestros satisfechos.....		15.020 205 03

DOMICILIO SOCIAL

Barcelona, Rambla de Cataluña, 15 y Cortes, 624.

Autorizada la publicación por la Inspección de Seguros en 8 de Marzo de 1912.

Subdirector provincial: D. Joaquín Arellano, Sierpe, 9.—Toledo.

¡Milagro!

Quiso la vieja Juana Barroso
librar un hijo que en quinta entraba
y puso luces ¡acto piadoso!
a un santo joven de rostro hermoso
que en lindo marco se conservaba.

Llegó el sorteo, y el guapo mozo
quedó al fin libre (gracias al santo),
y el pueblo todo, lleno de gozo,
pidió a la madre con alborozo
que le enseñara quién hizo *tanto*.

Era tan grande la algarabía
y demostraron tan loco empeño,
que al fin la madre con alegría
enseñó el cuadro que tanto hacía...
¡y era un retrato del *Algabeño*!

Colorín.



Frivolidades.

Yo no sé qué encanto tienen para mí los muebles viejos; encuentro en ellos un algo espiritual que no sé definir, y que sin embargo, me da la sensación de una vida libre de prejuicios y exenta de miserias.

En el desmedrado cuchitril de un humilde anticuario, he solazado a breve rato mi espíritu y he contemplado a mi sabor y casi con recogimiento diversos muebles y objetos allí colocados con más cálculo que buen gusto.

Yo sin embargo, he sabido posponer el primero y me he ido derecho a deleitarme en el examen de un olvidado bargueño que a través de la patina del tiempo, ha traído a mi memoria el recuerdo de otras edades, aficiones e ideales.

He visto colocado el mueble en el gabinete de uno de nuestros abuelos, en un ángulo de la estancia percibiendo la opaca claridad del Sol al filtrarse en un día invernal por la ventana frontera, y sirviendo tal vez para sostener sobre la parte superior un montón de añejos infolios en los que se recreará de vez en cuando su dueño para solaz del espíritu y satisfacción de un gusto depurado.

Un deseo vivísimo de penetrar el misterio de su pasado, me ha hecho examinarlo friamente, con el místico arrobamiento del artista y el interés del negociante; he abierto sus cajones y solo he percibido un leve olor acre que el tiempo ha ido infiltrando en él, como leve y vaporoso recuerdo que a mí me ha producido infantil regocijo.

Me ha parecido que era el aroma de viejos papeles guardados por una mano cariñosa, tal vez el perfume imborrable de flores marchitas o quizás el vago remedo de acrisoladas peluconas, que al

deslizarse en los compartimientos del mueble, abandonaron en éste el vaho confuso de las múltiples manos que las habían acariciado al abandonarlas.

Yo me he forjado, en fin, mil historias, diversas a cual más extrañas y he abandonado el viejo cuchitril del anticuario después de largo rato en que una vida pretérita ha desfilado ante mí con la vaguedad de lo desconocido y el encanto del misterio.

E. S.

“LA ESPERANZA,”

DE

Daniel Manso

Despacho de leche de cabras y vacas.

Tornerías, 32.—Toledo.

La sesión del Ayuntamiento.

Bajo la presidencia del Sr. Ortiz, por ausencia del Sr. Ledesma, que se encontraba en Madrid para asistir al entierro del eminente hombre público don José Canalejas, y con asistencia de los Concejales Sres. Castellanos, López Villamor, Rodríguez Urosa, Arcal, Moraleda, De la Cuerda, López (D. L.) Conde, Bueno, Pintado, Cano, Martín Cleto, Muro y Villarreal, se abrió la sesión a las seis y media.

Procedióse seguidamente por el Habilitado señor Figueroa, a dar lectura del acta de la sesión anterior, que fué aprobado por unanimidad.

El Presidente, Sr. Ortiz, en sentidos párrafos, da cuenta a la Corporación, en forma oficial, del insólito atentado que en la persona del nunca bien llorado Presidente del Consejo de Ministros, don José Canalejas, y en plena Puerta del Sol de Madrid, llevó a cabo una siniestra mano anarquista, privando de la vida instantáneamente al Jefe del Gobierno. A continuación leyó la misma presidencia los telegramas de pésame que la Alcaldía se apresuró a poner a S. M. el Rey, al Ministro de la Gobernación y a la Sra. viuda del Sr. Canalejas, tan luego se tuvo noticia del bárbaro atentado, solicitando que se suspenda la sesión por cinco minutos en señal de duelo y que conste en acta el sentimiento de la Corporación y del pueblo toledano, a lo que asienten todos los Sres. Concejales.

Reanudada la sesión, empíezase por los asuntos que figuran en la «Orden del día» concediendo licencia a D. Francisco Tordera para que ejecute obras en una finca de su propiedad; se presta conformidad a lo consignado en la moción del cuarto negociado referente al padrón de vecinos y de jurados, aprobando también el informe de la Comisión quinta; sobre las quejas, que, respecto a la casa-habitación había formulado la Sra. Maestra de párvulos de San Juan de Dios.

Dada cuenta de una comunicación del Inspector de primera enseñanza, referente a que el Ayuntamiento provea de material las dos secciones que han de crearse en la Escuela aneja a la Normal de Maestros, y que se dé aviso a dicha Inspección de haberlo cumplimentado, el Sr. Rodríguez Urosa, hace muy atinadas observaciones referentes al particular, acordándose por unanimidad, que, no existiendo entre la Inspección de primera enseñanza y el Ayuntamiento dependencia alguna de gerarquía, e ignorando además cuáles sean las necesidades de material que se precisan, esperar a que dicho funcionario informe a la Junta provincial respecto a los locales y material hoy existente, así como del que falte para completar lo que se precise, cuya relación detallada deberá recibir el Ayuntamiento por conducto del Sr. Presidente de la Junta provincial para proceder a la compra.

Se pasó a la Comisión de Hacienda la instancia de D.^a Gregoria Minaya, dueña del kiosco instalado a la salida de la puerta de Visagra, pidiendo una subvención; se conceden licencias, a D. Jesús Carrillo, para abrir un lavadero mecánico, público, y a D. Elías Castellanos para ejecutar obras.

Pásase después a exponer el resultado de la información pública sobre la conveniencia o no conveniencia de suprimir la tarificación adicional de consumos.

El Sr. Moraleda, opina que dicho asunto debe discutirse acto continuo para acordar lo precedente, pues la representación que obstea así se lo exige, y allá a su modo, expone varios hechos realizados por los consumidores en pobres desgraciados que tenían que dejar en las puertas un valor superior al que representaba la especie que introducían.

El Sr. Muro, con cierta habilidad, aunque en el caso presente no le resultara, hizo gran número de consideraciones más pintando muy difícil la situación municipal si se suprimía la tarifiila, otras vagaba por la vida ulterior de aquella Corporación dados los compromisos de gastos que tiene adquiridos, algunas veces simpatizaba con la idea de aumentar en algunos miles de pesetas lo que la Arrendataria de consumos debía entregar por el impuesto de la referida tarifa adicional, para venir a decir, que debía el asunto pasar nuevamente a la Comisión de Hacienda, para que, en vista del presupuesto que formulaba, informase lo más conveniente.

El Sr. Rodríguez Urosa se mostró desde los primeros momentos decidido partidario de que aquella misma noche se discutiera el asunto tan cacareado de la tarifiila, acerca del cual aseguraba que todos los Sres. Concejales tenían ya formada opinión.

El Sr. Conde se adhiere a lo manifestado por el Sr. Muro, haciendo de paso algunos cargos a los Sres. de la Comisión de Hacienda que firman el resultado de la información pública, (hay que advertir que este señor no asistió a la reunión que celebró la Comisión para dar cuenta) y claro está, el Sr. Ortiz, que preside la sesión, reputa de modo incontestable al Sr. Conde y le devuelve centuplicados los cargos, con la mayor oportunidad, pues jamás se ha visto que sobre faltar al deber que le impone su cargo, viniera además censurando el proceder de los pacientísimos señores. que no faltan a ninguna reunión para que son convocados por el Presidente de la Comisión de Hacienda.

Después de este incidente, se pasa a votación si se discute el asunto de la tarifiila o se pasa a la Comisión, y da por resultado que nueve señores votan porque se discuta y cinco porque pase nuevamente a la Comisión.

Iniciado el debate reincide el Sr. Moraleda en que omitirá su voto para que desaparezca la tarifa adicional, asegurando que con ello se verá favorecida la clase obrera.

El Sr. Rodríguez Urosa, muéstrase decidido a suprimir dicha tarifa, y entre varios argumentos de peso, decía: «solo la lectura de una instancia que existe en este Ayuntamiento, firmada por la Arrendataria de Consumos, en que se consigna que por las 22.000 pesetas que entrega al Municipio, les produce más del triple, solo este dato, Sres. Concejales, justifica por sí solo la existencia del Código penal, y aun prescindiendo de la conveniencia y del beneficio que ha de reportar a los habitantes de Toledo, suprimir la tarifa de que se trata, entraña ya un caso de conciencia, que de no suprimirla, equivaldría a tanto como autorizar un robo.»

El Sr. Villarreal, cuya opinión era ya conocida, insiste en que se suprima ese impuesto más que odioso y detalla, con alguna dificultad, por su estado afónico, varias razones en las cuales se apoya para suprimir la tarifa adicional.

(En este interregno han abandonado ya el salón de sesiones los Sres. Cano, Bueno, Conde, Pintado y López (D. L.)

El Sr. Muro, decayendo en el hincapié que en un principio tuviera para que el asunto pasara a la Comisión de Hacienda, reconociendo sin duda lo desairado de su papel, cambia de opinión y también dice que votará la supresión de la tarifiila, y que si antes se oponía, era porque abrigó la idea que le habían hecho concebir de que si el contratista de consumos rescindía el contrato no habría medio de subvenir a la terminación del mercado y otros gastos que han de satisfacerse a plazo fijo.

El Sr. Ortiz desde la presidencia manifiesta que por datos que ha visto, aquella misma tarde, casi se atreve a asegurar que el contratista de Consumos no rescindirá el contrato, y que aun en el caso de que lo hiciese, no habría conflicto, pues quitando la desgravación de carnes, con el tributo del Madero, se equiparan los ingresos que mermaría la marcha de los Consumos.

Estas manifestaciones causan extrañeza al señor Muro y después de aclarar el Sr. Ortiz el por qué de sus aseveraciones, resulta que por unanimidad se acuerda suprimir la tarifiila.

Ya en ruegos y preguntas, el Sr. Villarreal solicita conste en acta la satisfacción con que el Excmo. Ayuntamiento ha visto la manifestación de duelo de la empresa de Rojas, suspendiendo el martes la función que tenía anunciada, en virtud del asesinato de que había sido objeto el Sr. Canalejas, a lo cual se accede y se levanta la sesión.

VENTA

Máquina de Tupi, con todos sus accesorios, incluso baño de María, se tiene a la venta en inmejorables condiciones.

Para tratar sobre el precio y condiciones, en la Administración de este periódico.

Información gráfica.



El príncipe Danilo de Montenegro, jefe de las fuerzas sitiadoras de Sentari.

Santiago Torres Rodríguez

ENCUADERNADOR

PLAZA DEL SALVADOR, 4.—TOLEDO

En este antiguo y acreditado taller se confeccionan, con esmero y prontitud toda clase de encuadernaciones, tanto de lujo como económicas. Carpetas de todos los tamaños para dibujo.

Noticias.

Se ha posesionado del cargo de Ayudante de Profesor en la Academia de Infantería, nuestro querido amigo el ilustrado primer Teniente del Arma, D. Fernando Romero.

== ■ ==

Está fijada para el próximo mes de Enero, la boda de nuestro buen amigo D. Samuel Muñoz con la distinguida Srta. Catalina Camarasa.

== ■ ==

Se encuentra enferma, aunque por fortuna no es de gravedad, la hija menor de nuestro respetable amigo D. Mariano Sanz y Escartín.

Hacemos votos por el rápido restablecimiento de la encantadora Lucita.

== ■ ==

Ha sido nombrado corresponsal en Gijón, de este periódico, el consignatario de vapores don Octavio de Meana, persona de vasta cultura y muy apta para el cargo.

== ■ ==

Con motivo del fallecimiento de D.^a Amalia Bros y Rabasa y en virtud de disposición testamentaria de su difunto esposo, pasará a engrosar los fondos del Colegio de María Cristina, para huérfanos de la Infantería, el capital que posea dicha señora y que asciende próximamente a unas 80.000 pesetas.

Es un rasgo que honra la memoria del finado.

== ■ ==

Anteayer llegó a esta plaza el Excmo. Sr. General de División D. Arturo Alsina Nieto.

Toledo—Imprenta y Librería de Menor

ACADEMIA LOSADA

Preparación para carreras militares e ingenieros industriales y de caminos.

Clases particulares a los señores Alumnos de la Academia de Infantería de todas las asignaturas de segundas que constituyen el vigente plan de estudios.

SIXTO RAMÓN PARRO, 27.—TOLEDO

(CERCA DE LA PLAZA DE SAN JUSTO)

CASA DE ENCARGOS PARA
MADRID Y VICEVERSA

DE

TOMÁS DÍAZ

Santa Fe, 33.—TOLEDO

ACADEMIA MODELO

DIRECTOR:

Dr. D. Nicanor Mariano

Aparicio y Gutiérrez.

Presbítero, ex Profesor de la Universidad

Pontificia de Toledo.

Callejón de Menores, 12

Bachillerato, Derecho y Filosofía y Letras.—
Carreras especiales.—Preparación y Carrera
Mercantil.—Correos.—Telégrafos.—Banco.—
Preparación y Repaso de asignaturas para las
Escuelas Normales.—Idiomas.

Profesorado escogido. Honorarios módicos.

CASA DE VIAJEROS

DE

Mario Gutiérrez

Sillería 17, próximo a Docodover.

En esta antigua y acreditada casa
encontrarán los señores viajeros
cuantas comodidades deseen y un
esmerado trato.

NO CONFUNDIRSE, SILLERÍA 17

C. FELIPE DE LOS INFANTES

Corredor de Comercio
matriculado.

Cuesta de la Sal, 6, principal.

TOLEDO

DANIEL

BRUNO

FERRERÍA

COMERCIO, 37.

Clavos especiales para es-
terar, á 1 pta. kilogramo.
Piedras para afilar.

SASTRERÍA
MADRILEÑA
DE

DONACIANO DE PABLO

Es la más económica. Se
hacen las prendas a gusto
de la clientela.
Panas, Gabanes, Capas,
Pellizas.
Se admiten géneros para
las confecciones.

Hombre de Palo, 1.—Toledo.

¿QUERÉIS LLEVAR LOS

PIES ABRIGADOS?

VISITAD A ARAQUE Y

COMPRARLE CALZADO

Gran surtido en calzado de todas clases y
zapatillas de orillo, de suela y cáñamo.

¡¡PRECIOS ECONÓMICOS!!

SOLAREJO, 11, TOLEDO

«LA FAVORITA»

ULTRAMARINOS

DE

MARIANO HERNÁNDEZ

Barrio Rey, 3 y 5.—Teléfono 231.

TOLEDO

Casa especial en Chocolates y Cafés.

SASTRERÍA

DE

José Bravo

SUCESOR DE CRUZ PÉREZ

En este acreditado establecimiento se
confeccionan uniformes, togas, trajes,
gabanes y toda clase de prendas de vestir,
con arreglo á los últimos figurines.

CORTE RECOMENDADO

COMERCIO, 44, TOLEDO

LA PARISIÉN

Tienda de confecciones.—Equipos para no-
vias.—Ropa blanca para señoras, niños y caba-
lleros.—Trajes para niños.—Precios increíbles.

Felisa S. de Vera.

Comercio, 49 (esquina Belén).

TOLEDO

Carpintería

DE

MARTÍN RODRÍGUEZ

= TORNERÍAS, 31 =

ALMACÉN DE MADERAS DE TODAS CLASES

= TRINIDAD, 5.—TOLEDO =

PRECIOS ECONÓMICOS



NUEVO HOTEL RESTAURANT

«GRANULLAQUE»

Edificio construido expresamente para hotel, situado en el
sitio más céntrico de la población e inmediato a la Central
de Correos, Ferrocarriles, Banco, etc. Esmerado servicio. In-
térprete y coche a la llegada de los trenes. Precios módicos.

Barrio Rey, 2, 4 y 6.—TOLEDO

AYUSO

TRINIDAD, 4

TELÉFONO 232

Visitad esta Casa.

Centro de periódicos, Papelería
y Objetos de Escritorio

DE

RAMÓN GARRIDO

ZOCODOVER, 44

TOLEDO

Gran surtido en postales.

SUCESORES

DE

COMPANY

FOTOFRAFÍA

Cuesta del Aguila, 7

TOLEDO

José Pío

de Luis

BARBERÍA

CUESTA

DE PAJARITOS, 8

CIRILO ORMACHEA

Ferretería
y quincalla.

Gran surtido en batería
de Cocina y herraje para
obras, cal hidráulica y ce-
mento portland.

Garcilaso de la Vega, 16—TOLEDO

COLEGIO-ACADEMIA

= DE =

HERMANOS MARISTAS

REFUGIO, 3.—TOLEDO

Admite alumnos internos y externos.

1.ª enseñanza graduada.

2.ª ídem ídem

Preparación para todas las carreras del
Ejército, por profesorado militar.

Los programas de la enseñanza están or-
denados de modo que los alumnos que lo
deseen puedan simultanear el Bachillerato
con la preparación militar.

CAFÉ ESPAÑOL Y RESTAURANT

= DE =

RAMÓN G. MEDINA

COMERCIO, 72, TOLEDO

Casa BRAVO

Zocodover, 45.—Sucursal: Comercio, 19.—Teléfono 98.

TOLEDO

Especialidad en embutidos frescos

elaborados de lomo puro de cerdo.

Jamones, salchichones, tocinos,

mantecas, etc., etc.

La casa más antigua

y acreditada de la localidad.

GUILLERMO

LOPEZ

HOTEL IMPERIAL

Cuesta del Alcázar, 7.

TOLEDO

Aceite de Ricino.
Purgante ideal, sin sa-
bor y olor agradable, muy
útil para los niños.

Otu doulourine.
Excelente remedio para
la curación rápida y radi-
cal del reuma.

Específico contra las
quemaduras.
Se curan en el acto.

Farmacia de Cabello
ZOCODOVER, 6, TOLEDO

RELOJERÍA * * * ÓPTICA

ELECTRICIDAD

EDUARDO ÁLVAREZ

Casa fundada en 1820.

COMERCIO, NÚMS. 23 Y 25

TOLEDO

CARNECERÍA MODERNA

HIJO DE MATEO LOPEZ

MARTÍN-GAMERO, 7.

TOLEDO

RESTAURANT

DE

Fastino Vega y Saigado

Barrio Rey, 9, teléfono 201.—Toledo.

Fiambres, embutidos, asados, perdices, paelas, conservas y postres.

VINOS

de Jerez, Málaga, Rioja, Oporto, Burdeos, Champagne, Cognacs y anisados.

9, Barrio Rey, 9.

ZAPATERÍA

DE

ENRIQUE DE ORO Y MORANA

COMERCIO, 54.—TOLEDO

Crema de todas las clases.

Especialidad en calzados de niños.

Zapatillas y botas de todas las clases y formas para señoras y caballeros.

¡ATENCIÓN!—MORANA

Gran Fábrica de Mazapán y Chocolates

Única casa en Toledo premiada con MEDALLA DE ORO en la Exposición Internacional de Madrid de 1907 y MEDALLA DE PLATA en la de Barcelona de 1888.

CONFITERÍA Y COLONIALES

José de los Infantes.

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Belén, 13-TOLEDO-Teléfono 22.

MARTÍN GÓMEZ

HOJALATERO

CADENAS, 10

TOLEDO

EDUARDO LÓPEZ

Comercio, 39.

Sombrerería y efectos militares.

La casa más antigua y acreditada.

RELOJERÍA, ÓPTICA
Y MATERIAL ELÉCTRICO

DE

ANICETO DEL VALLE

(EN TESTAMENTARIA)

CALLE DE BELÉN, NÚM. 15.

TOLEDO

GRAN CARNECERÍA

DE

MATEO LÓPEZ VILLAMOR

INMEJORABLE SURTIDO

EN JAMONES Y EMBUTIDOS

DE

LAS MAS ACREDITADAS

MARCAS.

5, CUATRO CALLES, 5
TOLEDO

TALLER DE CARPINTERÍA

DE

SUAREZ Y GALAN

GARCILASO DE LA VEGA, NÚM. 13.

TOLEDO

Nuevo establecimiento en el que el público encontrará grandes ventajas, solidez y economía en todo lo concerniente al ramo.

Prontitud en los encargos y esmerada confección.

FRANCISCO ALBORNOS

(LOS CUATRO TIEMPOS)

Ultramarinos de primera clase.

Precios sin competencia.

No comprar sin visitar antes esta casa.

Sixto Ramón Parro, 17.

TOLEDO

LEONCIO MARTÍN

ZAPATERÍA

Calzado de lujo.—Resultado práctico.—Precios sin competencia.

HOMBRE DE PALO, 25.

TOLEDO.

CURTIDOS, ALPARGATERIA Y CORDELERIA

ELEUTERIO HERNAEZ

COMERCIO, 61.—TOLEDO

Esta casa es la que vende más barato dichos artículos en esta capital.

Gran surtido en calzado de invierno, para señoras y caballeros; precios muy económicos.

Simiente de alfalfa superior.

— Santa Clara. —

CASA DE VIAJEROS

Terminada la reforma llevada á cabo en esta acreditada casa, ha quedado á la altura de las mejores en su clase, pudiendo ofrecer á los señores viajeros cómodas habitaciones, esmerado servicio y económicos precios.

6, VENANCIO GONZÁLEZ, 6

TOLEDO

Eugenio Rodríguez.

GRAN FOTOGRAFÍA

Hay que convencerse que para retratos de exacto parecido, ninguno como

RODRÍGUEZ

COMERCIO, 22.—TOLEDO

30 AÑOS DE PRÁCTICA

FARMACIA

DE

C. DUQUE

Tornerías, 16 y 18

Específicos,

Aguas medicinales

y de mesa.

APARATOS Y CURA LISTER

TELÉFONO 150

Confitería, Pastelería

y Fábrica de Mazapán.

TELESFORO DE LA FUENTE

Zocodover, 47 al 50.—Teléfono 234.

TOLEDO

Su especialidad:

Mazapán en barra.

CENTRO DE PERIÓDICOS

DE

Jesús García.

Venta de guitarras y cuerdas para las mismas.

Zocodover, 33.—TOLEDO